
Teoría de la recepción literaria y sus implicaciones metodológicas en la relación texto – lector

Alfredo González Morales

Universidad Tecnológica de Israel
Pontificia Universidad Católica del Ecuador
e-mail: gonzalezmoralesalfredo@gmail.com

Resumen

Los estudios teóricos sobre la recepción del texto literario muestran un avance significativo en las últimas décadas, los cuales han incidido en la modificación de las concepciones de interacción texto-lector, en la manera de asumir los estudios literarios y el proceso de enseñanza de la literatura. La recepción del texto literario es compleja, al estar condicionado por múltiples factores como puede apreciarse en el itinerario de las investigaciones realizadas sobre la temática. Aunque los estudios sobre la recepción poseen larga tradición, no es hasta la Escuela de Constanza, Alemania, que ellos toman fuerza con los trabajos de Jauss e Iser, entre otros; posteriormente ha existido un enriquecimiento por los aportes de otros autores y escuelas. En el presente trabajo hace un recorrido por las principales tendencias que abordan la recepción del texto literario, precisa en lo fundamental su *corpus* teórico y ofrece algunas recomendaciones para el trabajo didáctico con el texto literario en la universidad.

Palabras claves: Lectura, texto literario, recepción

Abstract

Theoretical studies on the reception of literary texts show significant progress in recent decades, which have influenced the change of conceptions in the text-reader interaction, the way of taking literary studies and the teaching of literature. The reception of literary text is complex, being influenced by multiple factors as shown in the itinerary of the research on the subject. Although studies have long tradition reception, it was not until the School of Constance, Germany, they take strength with Jauss and Iser's work, among others; then there has

been enrichment by the contributions of other authors and schools. In this paper, a tour of the main trends that address the reception of literary text is made; basically it is precise accurate theoretical corpus and offers some recommendations for didactic work with the literary text in college is made.

Key words: Reading, literary text, reception

En el itinerario del pensamiento estético desde la Antigüedad hasta nuestros días aparecen reflexiones que aluden al problema de la recepción del texto, en ver la lectura como un hecho intrínseco del proceso literario. Pero no es hasta con la Escuela de Constanza, Alemania, que los estudios de la recepción toman fuerza con los trabajos de Jauss e Iser, entre otros. Para Rita Schober (1990) allí se arriba a una tercera etapa en la teorización sobre este fenómeno; antecedida primero por una vertiente que centraba su interés en la obra, seguida por otra cuyo núcleo de atención radicaba en el receptor; mientras que la Escuela de Constanza enfoca la recepción como una interacción entre el lector y la obra.

Sin embargo, no sería justo desconocer como antecedente de las concepciones de esta escuela a un grupo de trabajos que a mediados del siglo pasado apuntan hacia una nueva comprensión de la receptividad, dentro de los que cabe mencionar como pionera a *Pierre Menard autor del Quijote* (1938) de Jorge Luis Borges. Menard se propuso “reconstruir” en “vano” al Quijote después de trescientos años; pero con el paso del tiempo el texto ha adquirido para los nuevos receptores otros matices y complejidades de los que tuvo en los momentos de su creación inicial. La tesis borgiana apunta a que es imposible escribir el mismo texto dos veces con el mismo sentido, como imposible es darle dos lecturas iguales. El texto es tanto un producto de su creador como del lector que lo reconstruye, es inagotable, pues a cada cual lo lee a partir de su experiencia vivencial y cultural acumulativa. El lector es una condición indispensable del texto. Las ideas manejadas por Borges no solo constituyen un antecedente de la Escuela de Constanza, sino que fluyen armónicamente con las más actuales sobre el proceso de recepción.

Por otro lado, sobresalen en Europa los estudios *¿Qué es la literatura?* (1948) de J. P. Sartre, *Historia Social de la literatura y el arte* (1953) de Arnold Hauser y *Sociología de la literatura* (1958) de Robert Scarpit. Sartre señala el sentido de cooperación del receptor ante la obra cuando afirma que la literatura es un “llamamiento” del texto al receptor, mediante lo cual a partir de lo dicho en el primero se recaba una respuesta que estará en correspondencia con la situación contextual del lector. En Hauser, por su parte, resulta muy ilustrativo el análisis sobre cómo se formó un nuevo público lector a finales del siglo XVIII con el advenimiento burgués. El vínculo que se establece entre ese público, el modo en que se formó y la producción literaria, revisten un importante papel metodológico para los estudios de la recepción, puesto que no aísla el proceso de la literatura del de la recepción, sino que lo aborda en su integridad. Por último, Scarpit considera que la sociología de la literatura deberá ocuparse de la producción, la distribución y el consumo. Cuando habla de consumo se refiere a la recepción de las obras; por eso, las categorías esenciales que trabaja en este aspecto son las de público y lectura.

Es evidente que los autores mencionados abren el camino a los representantes de la Escuela de Constanza para que puedan arribar a un *corpus* coherente sobre la recepción del texto literario. Mas, si bien es cierto que Jauss, Iser y los demás sientan las bases teórico-metodológicas de la recepción, algunos de sus puntos de vista han sido superados enriquecidos en la práctica investigativa posterior, como de alguna manera veremos en el desarrollo del presente trabajo. El proceso de recepción es complejo. Está condicionado por múltiples factores, los cuales siguiendo su lógica interna, es nuestro propósito analizar.

I. Acercamiento teórico al proceso de recepción

Es imposible hablar de recepción si no se tiene una idea de en qué consiste la noción de literatura. En primera instancia debemos destacar que la literatura es un tipo particular de discurso y que en la determinación de su noción ocupan un rango primario lo histórico y lo institucional. No existe un concepto permanente, universal, de literatura aplicable a cualquier período del proceso literario mundial desde sus orígenes hasta nuestros días, porque en lo que en determinado momento se entendió

por literatura después no lo fue o viceversa. Ella es una noción flexible, histórica. Para el siglo XVIII la obra de los pensadores formó parte de su acervo literario, lo que no ocurre con la obra de los pensadores actuales, al no ocupar un lugar dentro de la literatura.

Es decir, la literariedad de la que habla Jakobson –“lo que hace de una obra dada, una obra literaria” (Citado por Fayole, 1987, pp. 13-14) – es una categoría histórica y como tal, por lo que no se puede soslayar en el contexto histórico en que se generó. Por otro lado, lo anterior no se puede ver desvinculado de la institución literaria, porque es en ella, en definitiva, quién dice qué es literatura. La noción es histórica, pero quien acuña esa noción –su literariedad– es la institución de la literatura. Por eso, Van Dijk (1987) le atribuye tanta importancia a la institución literaria desde el punto de vista pragmático, ya que ella, al declarar un texto como literatura, está de hecho planteando que su relación con él obedecerá a esta esta clasificación tipológica del discurso.

El lector no informado aborda las obras literarias de otros contextos y temporalidades según la noción que su momento histórico existe de literatura. Quien hoy lee las obras de San Agustín o Montesquieu, las lee como textos de pensamiento religioso, filosófico o político, pero no como literatura. La relación, por tanto, que se establecía entre el lector medieval y el del siglo XVIII y esos textos, es diferente a la que se produce entre esos textos y los receptores actuales. Hoy día -como ha sido en otras épocas- una de las tareas de la ciencia literaria es aprehender la noción de literatura en correspondencia con su praxis actual, como lo ha hecho Carlos Rincón (1987) ante las especificidades de la literatura latinoamericana de los 60 del siglo pasado. No es nuestro propósito abordar ampliamente la noción de literatura, sino ofrecer algunos elementos de la comunicación literaria.

Para Schmitd (1987) el primer criterio en la determinación de la comunicación literaria es lo ficcional, que según él le es propia a toda comunicación estética. Considera que lo ficcional estipula que “para todos los participantes en la comunicación estética rige la instrucción de actuar tendiente a obtener de ellos que de entrada no juzguen los objetos de comunicación interpretables referencialmente o sus constituyentes según criterios de verdadero/falso. La verdad o falsedad de una referencia se mide, según la relación de los referentes con la realidad que los participantes de la comunicación aceptan, en un momento determinado, como socialmente válido” (p. 203) Y siguiendo este hilo de pensamiento, el

autor plantea que en la creación estética los papeles se han vuelto fictivizados. En la instancia autor hay una superación consciente entre “persona real” y “papel adoptado”, quien narra, quien habla, no es el autor, sino una entidad fictiva.

Por su parte el receptor también se ha fictivizado al producirse el mismo proceso anterior de separación entre un “yo real” y un “yo fictivo” y aceptar entre el papel fictivizado propuesto por el productor. Derivado de lo anterior Schmitd (1987) arriba al concepto de mundo fictivo, entendiendo como tal a “un mundo o sistema de mundos que el receptor pone en relación con el texto literario en la comunicación literaria, y al hacerlo así admite que el productor no afirma la existencia o presencia efectiva de personas, objetos o estados de cosas que aparecen en el mundo textual, aunque acciones aisladas o secuencias enteras describen hechos, estados de cosas, personas reales” (p. 208). Esta delimitación teórica es de suma importancia para la concreción de la especificidad de la comunicación literaria, al plantear que la obra literaria como macroacto de habla es fictiva, y poderse arribar a la conclusión de que la obra es autónoma, pues su mundo o sistema de mundos de los cuales se apropia el receptor está proyectado dentro de los límites del texto.

Ahora bien, si se afirma que la obra literaria es autónoma, esto no quiere decir que se produzca al margen de su contexto social. Existe una relación entre el texto y las condiciones en que se genera. Solo que esta relación es dinámica: se da de múltiples maneras. Las coordenadas relacionantes que se pueden establecer entre la literatura y el contexto nunca son directas y reactivas, sino que ellas están poli-mediatizadas y adoptan las más variadas posiciones en su trayecto; por eso, no es posible decir de una vez y para siempre cómo se dan estas relaciones, sino que en cada caso particular hay que develarlas. La literatura es pensamiento por imágenes en la que confluyen las más ricas experiencias de la humanidad y de su autor; es un acto de creación, una experiencia estética. Si bien el autor y la obra no se pueden aislar de su contexto, la obra resulta un enriquecimiento de este contexto logrado a través de la imaginación creadora, al decir de Carlos Fuentes (1993): “Crea complementos verbales del mundo. Y aunque siempre refleja el espíritu de su tiempo, no es idéntica a él” (pp. 17-18). La verdadera literatura nunca es un reflejo simple de la realidad en que

se genera o tematiza, la una no es la otra. Esta es una disquisición a tener presente al deslindar las particularidades tipológicas del discurso literario y que lo diferencian de otros discursos. No verlo así conduce a enfoques vulgarizados, acientíficos, que desaproplan a literatura de su verdadera esencia artística.

La literatura es portadora también de una gran fuerza perlocucionaria dada su capacidad de lograr ciertos efectos sobre los sentimientos, pensamientos o acciones de los receptores. La literatura carecería de sentido sino poseyera esa fuerza humanística, que no se logra solo recreando lo que nos distingue como género, sino conminando a su enriquecimiento. En torno a esta idea giraba el pensamiento de Sartre y de Ricoeur, cuando señalaba el primero que la lectura es una entrega de toda la persona capaz de “transformarle hasta lo más oscuro de su sensibilidad” (1966, p. 104) y el segundo se refería a que el sentido de la obra no está “oculto”, sino “enfrente” (1986, p. 69), es decir, en el lector, en su carácter movilizador, en la vida.

Tanto Jauss como Iser reconocieron el carácter activo del receptor ante la obra literaria y en sus estudios esclarecen la naturaleza de ese carácter, el cual es considerado en el sentido de la interrelación que se produce entre el texto y el lector en cada hecho de lectura. El carácter activo radica en el proceso de actualización semántica que se da en el encuentro texto-lector y que depende tanto de lo planteado en el primero como lo aportado por el segundo. Cuando estos autores hablan de recepción no focalizan su centro de atención en el papel que desempeña el lector en el proceso de apropiación semántica del texto, sino que ven este proceso como una resultante de la cooperación mutua entre la obra y el lector. Jauss e Iser estimaban que la literatura es un fenómeno que se realiza en el acto de lectura. Humberto Eco en su libro *Lector in fabula* (1984) ofrece una teorización sobre este fenómeno que consideramos de inobjetable valor y actualidad. Según Eco, un texto es un mecanismo perezoso, no lo dice todo, su autor dejó “intersticios”, “espacios en blanco”, que el lector llenará en el momento de la lectura. El texto ofrece determinadas pautas que el receptor deberá completar; y hay que verlo como un proyecto, no como una entidad acabada, eterna, unívoca.

“Rellenar los espacios en blanco” implica darle sentido personal a la lectura, lo que pudiera conducir a la errónea conclusión de que a un texto se le pueden hacer infinitas interpretaciones. Pero Eco (1984) nos advierte que si bien un texto ofrece la posibilidad de darle múltiples interpretaciones, porque

precisamente vive de la “plusvalía de sentidos”, estas nunca llegan a ser infinitas. El texto es un proyecto, una estrategia en la que está previstas sus posibles interpretaciones. En su propia generación está contenido el alcance del abanico de posibilidades de sentido. Dos lecturas a una misma obra pueden conducir a interpretaciones bastante diferentes la una de la otra, sin que por ello necesariamente haya que decir la una es más válida que la otra. Si se encuentran dentro de las que potencia el texto, solo se corroborará el carácter estratégico de dicho texto, su multifuncionalidad.

En correspondencia con esta tesis Eco elabora la categoría de lector modelo, que es aquel destinatario que está postulado dentro de la estrategia que se ha seguido en la conformación de la obra. El lector modelo es el que el texto provoca que lo actualice y son muchos los medios de los cuales puede valerse el autor para delinearla: elección de una lengua, de un tipo de enciclopedia (conocimientos previos que se supone que el lector posee), determinado patrimonio léxico y estilístico, el dirigirse a un determinado auditorio, restringir el campo geográfico, etc. Claro, esto no significa que el texto tenga que ser asumido por un lector real que se corresponda con el lector modelo previsto, sino que al mismo tiempo que se prevé se contribuye a armar ese lector modelo. Si por un lado se puede hablar de lo perezoso de los textos, por otro hay que señalar la activación que ellos producen, su convocatoria a la cooperación.

Todo este proceso de cooperación, en el que seguiremos ahondando, se da en la concretización de lectura, definida por Jauss como “el carácter siempre nuevo que la obra en toda su estructura puede adquirir bajo la influencia de las condiciones histórico-variables de la recepción” (Citado por Markiewics, en Navarro, 1989, p. 149), y que Markiewics (1989) más tarde deslinda de la interpretación cuando señala que por concretización se entiende “la totalidad surgida de las operaciones que se realizan sobre el texto literario en el curso de su recepción por el lector, y por interpretación entendemos cada rendición de cuentas de una concretización” (pp. 149-150). De las definiciones de ambos autores podemos arribar a dos conclusiones: primera, el proceso de recepción es histórico y segunda, debido a ese carácter histórico es variable y, por tanto, las rendiciones de cuentas de cada concretización puede diferir las unas de las otras.

El carácter histórico de la recepción es de suma importancia para comprender su naturaleza, su condicionamiento social. Por eso ofrecemos algunas consideraciones a partir, fundamentalmente, de los criterios de Manfred Neumann, quien aborda los factores que mediatizan la recepción literaria. En primer lugar nos referiremos a la mediatización de la institución literaria. El proceso de recepción está mediatizado antes de que llegue al lector. Se ha ido condicionando por la institución literaria, la que a través de sus diferentes instancias prepara las bases para favorecer las relaciones de empatía entre determinada obra literaria y los lectores virtuales, dentro de los que más tarde están los lectores reales. Mediante la elección que hacen las editoriales, de lo que se publica, del trabajo valorativo de la crítica, de los que se promueve, se está contribuyendo a “imponer” determinada orientación de lecturas.

En este sentido la enseñanza de la literatura cobra una dimensión extraordinaria porque es la vía mediante la cual se llega a un público más amplio y se dan los instrumentos que permiten una aproximación apreciativa a las obras, enseñan a trabajar con los textos, ejercita las operaciones mentales. Por otro lado, como la escuela sigue, por lo general, un criterio cerrado, tendencioso, en la selección de los textos, condiciona un acercamiento de la literatura a un determinado rumbo.

La institución literaria es la que propaga las reglas de recepción, dice cómo deben ser enfrentados los textos. Estas reglas, evidentemente, poseen un carácter histórico; tienen que ver con las particularidades que adopta la creación literaria, el desarrollo de los estudios teóricos de la estética y la aplicación práctica de estos. La concretización lectural no se produce en un acto de incontaminación, sino que el lector, de alguna manera, es interpelado por un sistema de influencias ajenas a él y que en uno u otro grado la marcan, pues como dice Naumann (1984): “las obras antes de llegar a ser objetos de recepción visual, ya han atravesado un número más o menos grande de modos sociales de recepción, en dependencia de cuánto tiempo ha pasado desde la época de su surgimiento” (p. 33).

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que el receptor es un individuo que vive dentro de determinadas condiciones histórico-sociales y que posee un biografía individual: es en definitiva un ser bio-social. El conjunto de estos factores lo mediatizan también como ente receptivo ante la obra literaria. Cuando se habla de proceso de recepción se sobreentienden lectores reales, históricamente condicionados y este condicionamiento es

consustancial al propio proceso receptivo. Las condiciones histórico-sociales crean en los hombres preocupaciones, puntos de vista, estados espirituales, los cuales inciden en su relación con los textos. De igual forma mediatizadora ocurre con sus biografías incluyendo en ella la personalidad, porque las condiciones de existencia, ideología, circunstancias de vida, formación, nivel cultural, temperamento, sexo, relaciones con las artes, intereses estéticos, experiencia como lector, condicionan una predisposición frente a la obra literaria, ya que “se debe seguir teniendo siempre en cuenta que la situación personal más o menos casual en la que halla el lector, influye sobre el curso resultados de lectural” (Naumann, 1984, p. 40).

En esta dirección nos parece que la opinión del esteta Meilaj asume acertadamente la repercusión de las condiciones histórico-sociales y lo biográfico, cuando se refiere a que la recepción es determinada por un complejo de particularidades de la personalidad del lector u oyente. El contenido de la obra de arte es comparada constantemente con la experiencia vital propia y se combina con las asociaciones que son propias del sujeto de la percepción: depende tanto del medio social, como de la receptiva situación en que se efectúa el acto de percepción.

Siguiendo la lógica de la exposición que hemos venido haciendo llegamos al “horizonte des expectativas” y “legibilidad” del texto. Jauss introdujo la categoría “horizonte de expectativa”, la cual tiene un carácter formalista al ver proceso de recepción únicamente intraliterario. Después él la sustituyó por una más compleja, “experiencia estética”, que traspasaba lo intraliterario y se adentraba en lo social del proceso receptivo, en el conjunto de experiencias vividas por el receptor que inciden en su identificación con el texto.

Más tarde Naumann, profundizando en este sentido, elaboró la categoría “modo social de lectura”, que representa un estadio de madurez teórica, al ver la recepción como la confluencia de factores intraliterarios y extraliterarios. En los extraliterario Naumann le daba el debido peso a los factores sociales, personales y culturales, analizados anteriormente. En el presenta trabajo emplearemos, no obstante, la expresión de Jauss “horizonte de expectativa”, pero dándole el alcance teórico que Naumann le dio en “modo social de lectura”. Esto lo hacemos teniendo en cuenta el carácter ilustrativo que posee la mencionada expresión cuando se habla de proceso de recepción.

Estimamos que un texto es legible en la medida en que se cumple el horizonte de expectativa de los lectores, o sea la legibilidad está dada por la “función de distancia entre el código que exige la obra y la competencia individual”. Los elementos mediatizadores han de pertrechar al lector de una competencia multi-aspectual para enfrentar determinado tipo de obras. Dentro de la competencia, lógicamente, la literaria tiene una marcada significación, porque ella expresa la preparación del receptor para adentrarse en las especificidades del discurso literario, en apreciar la naturaleza del hecho estético. Esta correspondencia no puede asociarse exclusivamente a la que se recibe a través de las distintas instancias de la institución literaria, sino que ella se vincula al adiestramiento que el individuo adquiere mediante la lectura sistemática. Adiestramiento que no solo lo familiariza con los convencionalismos y particularidades de la comunicación literaria, sino que, además le afina la sensibilidad estética, incidiendo en que pueda realizar un disfrute más pleno en cada nueva lectura.

Si la recepción tiene un carácter siempre nuevo como dice Jauss, esto se debe a que lo mutable es el grado de legibilidad. El enriquecimiento de la experiencia humana en toda su diversidad explica que el encuentro texto-receptor sea siempre diferente; la obra podrá ser la misma, pero el lector se ha modificado y por tanto el nivel cooperativo está supeditado a otras variables que antes no existían, dando como resultado nuevas posibles interpretaciones.

II. Algunas recomendaciones didácticas para el tratamiento de la lectura literaria y su recepción en la universidad

Los alumnos que ingresan a la universidad, por lo general, no han adquirido en los niveles precedentes las competencias lectoras al nivel requerido y se recaba continuar desarrollándolas, teniendo en consideración las diferentes tipologías textuales.

El texto literario no debe ceder su espacio a otras tipologías en la formación universitaria sino que, junto a ellas, requiere que se profundice en su abordaje porque, como expresamos en otro lugar (González, 2002). La lectura literaria ofrece conocimientos, contribuye al fortalecimiento espiritual, desarrolla el intelecto, perfecciona la comunicación y proporciona

deleite. Es decir, la literatura constituye una vía para la formación integral de los estudiantes universitarios, que debe estar incluida en el currículo y continuarse en las acciones de extensión universitaria.

La lectura literaria, no tiene un fin en sí misma como ejercicio escolar, sino que ha de abordarse de manera que contribuya a su deleite, a su disfrute, a asumirla al decir de Borges “Como una forma de felicidad” y, por consiguiente a la estimulación del hábito de lectura, que se continúe el encuentro con los textos más allá de las aulas universitarias.

Para alcanzar tales aspiraciones es necesario partir de un diagnóstico de la situación de lectura que presentan los alumnos, lo que permitirá dirigir el proceso en correspondencia con las particularidades de los grupos y alumnos en particular. El conocer el nivel de comprensión lectora, el agrado o desagrado que ella provoca, preferencias de temas y géneros, frecuencia con que se lee, reconocimiento de la importancia de la lectura literaria para el desarrollo personal, entre otros aspectos, favorecerá la dirección del proceso de enseñanza aprendizaje de la lectura literaria y de la lectura en general.

Lo anterior, esencialmente para los estudiantes que no poseen hábito de lectura literaria, requiere más que traer textos preconcebidos para su estudio en clases, seleccionarlos a partir de los resultados diagnosticados, para que sean legibles y favorezcan un encuentro distensivo, agradable, con los mismos.

El proceso de lectura y análisis del texto literario ha de estar en correspondencia con la especificidad del discurso literario. No es lo mismo una guía, el debate y conclusiones arribadas para el estudio de un texto científico o informativo que de uno literario. La función estética del lenguaje literario, su carácter connotativo y las demás circunstancias que mediatizan el proceso de interpretación deben ser tenidos en cuenta.

Si como expresan diferentes autores referidos anteriormente, el texto literario está compuesto por espacios en blanco que el lector deberá rellenar en el proceso de lectura; la no existencia de sentidos ocultos, sino que el sentido se encuentra en frente, en el lector; las posibles interpretaciones están previstas en la generación del texto, de manera que no puede significar cualquier cosa y que la lectura es un proceso mediatizado por circunstancias personales, culturales y temporales, entre otros aspectos, entonces su tratamiento didáctico supone:

Valorar previamente por el docente las posibilidades interpretativas que poseen los textos, así como también la posibilidad de considerar otras legítimas que puedan ser aportadas por estudiantes a partir de lo postulado en el texto y sus situaciones de lectura.

- Proscribir la imposición de interpretaciones, aun las que provengan de fuentes muy autorizadas, y considerarlas una de las posibles interpretaciones.
- Propiciar las dimensiones personales y sociales de la lectura mediante el debate, y discusión colectivas, la exposición de puntos de vista personales de los participantes, las interpretaciones realizadas por críticos y estudiosos.
- Establecer relaciones de texto autor-realidad y apreciar su carácter fictivo como macroacto del habla.
- Leer en clases fragmentos, pasajes, expresiones que permitan la valoración de la función estética del lenguaje, las posibilidades potenciales del uso de la lengua, el disfrute del texto artístico.
- Comunicar por escrito juicios y valoraciones sobre los textos leídos.

Hace unos años escribí: “Leer literatura es penetrar en un mundo de imágenes portadoras de experiencias, un acto de entrega en el que no se renuncia a nuestra propia identidad; es copular, entablar un diálogo íntimo, cuya felicidad radica en lo que está latente detrás de ese intercambio mutuo y del cual brotan nuevas representaciones mentales que nos irrigan y transportan, dejando una sensación espiritual tal vez no muy definible, pero propicias para autointerrogarnos si somos en realidad los mismos” (2002, p. 5). Si en alguna medida como profesores universitarios, sobre bases científicas, logramos desarrollar la competencia de lectura literaria en los estudiantes, no solo habremos alcanzado un objetivo instructivo, sino que habremos contribuido al desarrollo íntegro de su personalidad.

Referencias bibliográficas:

- Dijk, T. A. (1987). “Pragmática de la comunicación literaria”. En Mayoral, J. A.: (Comp.) *Pragmática de la Comunicación literaria* (p. 171-194). Madrid: Arco/Libros. S.A.
- Eco, H. (1984). *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Ediciones Lumen.
- Fayolle, R. (1987). “Para una definición histórica de literalidad”. En: *Problemas 2. Historia Literaria*. La Habana: Editorial Academia.
- Fuentes, C. (1993). *Geografía de la novela*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- González Morales, A. (2002). *La promoción de la lectura: un reto para el tercer milenio..* México D.F.: Editorial Venecia.
- Markiewics, H. (1989). “La recepción y el receptor en las investigaciones literarias. Perspectivas y dificultades”. En: Navarro, D. (Comp.): *Textos y contextos II*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Naumann, M. (1984). “La realización de las obras por parte del sujeto activo”. En *Criterios*, (5-12), 33-46.
- Ricoeur, P. (1986). *Interpretation theory*. Texas University.
- Rincón, C. (1987). *El cambio en la noción de literatura*. Colombia: Instituto Colombiano de Literatura.
- Sartre, J. P. (1966). *¿Qué es la literatura? (I)*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- Schmitd, S. (1987). “La comunicación literaria”. En: Mayoral, José A.: (Comp.): *Pragmática de la Comunicación literaria*. Madrid: Arco/Libros. S. A
- Schober, R. (1989). “La estética de la recepción y el problema del realismo”. En *Temas*, (20), pp. 103-116.